

Arte rupestre y articulación del paisaje neolítico: un caso en las tierras centromeridionales del País Valenciano

Sara Fairén*

RESUMEN

Aunque el estudio del arte rupestre puede abordarse desde distintas escalas, en los últimos años distintos estudios han evidenciado que el análisis de los factores que condicionan su distribución puede aportar información significativa sobre el modo en que era empleado por los grupos que lo realizaron: su soporte rupestre, además de haber permitido su conservación hasta nuestros días, nos indica el emplazamiento escogido por sus autores para su representación, emplazamiento que sin duda responde a una voluntad concreta en ese sentido. El arte rupestre constituye una expresión destacada del pensamiento y simbología de las comunidades que lo realizaron.

En este artículo se analiza el patrón de distribución de los abrigos con arte rupestre presentes en la Vall de Gallinera (Alicante), que contienen representaciones pertenecientes a los estilos Macrosquemático, Esquemático y Levantino, todos ellos de cronología neolítica. La constatación de la existencia de una jerarquización basada en distintos factores (como la variabilidad de su tamaño o motivos representados), permite una interesante aproximación al modo en que las comunidades neolíticas percibían y empleaban su entorno.

SUMMARY

Although the study of the rock art can be made from different scales, in the recent years several re-

searches have proved that the analysis of the factors influencing its distribution can supply important information about the way in which it was used by the groups who made it: its rocky support, besides of allowing its conservation till nowadays, indicates the place chosen by its authors for its representation, which certainly fits an specific wish. The rock art is an expression of the thought and symbols of the groups who made it.

In this paper, we analyze the distribution pattern of the shelters having rock art in the Vall de Gallinera (Alicante), which include representations belonging to the Macroschematic, Schematic and Levantine styles, all of them with neolithic chronology. The verification of the existence of a hierarchy based on different factors (like their size or the motifs that are represented), allows an interesting approach to the way in which the neolithic communities perceived and used their environment.

Lo que actualmente denominamos *arte prehistórico* constituye no tanto una manifestación artística como un medio de expresión visual de ideas y mensajes, resultado de la obra consciente de un individuo o grupo. Por ello, no debemos considerar el arte prehistórico únicamente como producto estético, sino como un producto cultural íntimamente relacionado con las estructuras sociales e ideológicas de sus autores. Así, el modo en que la comunicación se realice dependerá de factores diversos: desde posibles limitaciones técnicas o materiales hasta determinados convencionalismos socioculturales que afecten tanto a la forma como al contenido de las representaciones.

* Área de Prehistoria. Universidad de Alicante. E-mail: sara.fairen@ua.es.

Como producto cultural, el arte rupestre es susceptible de ser estudiado no solo desde una perspectiva artística sino desde una perspectiva arqueológica. Más allá de sus cualidades técnicas o estéticas, cada vez es más evidente que puede integrarse en estudios de carácter más amplio y aportar una visión privilegiada sobre los modos de vida y la percepción de la realidad de los grupos que lo realizaron, aunque para ello requiere la formulación de un marco metodológico e interpretativo coherente. También es cada vez más evidente que en esta percepción de la realidad su emplazamiento juega un papel esencial.

La propia denominación de arte *rupestre* hace referencia a su soporte geológico e inmóvil, que no solo es lo que ha permitido su pervivencia sino que nos muestra el lugar elegido por sus autores para su realización. Este es un hecho que necesita ser debidamente valorado, pues mientras que la iconografía puede repetirse en diferentes lugares e incluso soportes, el emplazamiento de una representación concreta es único. La existencia de una voluntad consciente en este sentido solo puede deducirse de un estudio comparativo de los distintos factores que reúne cada emplazamiento, pero de entrada ya es un elemento significativo el hecho de que no todos los abrigos o cuevas aparentemente disponibles se hayan utilizado para la realización de representaciones, y que en cada uno de los usados existan unos motivos diferentes. De hecho, el estudio del patrón de distribución de los abrigos rupestres presentes en la Vall de Gallinera nos permite apreciar la existencia de una jerarquización basada en la variabilidad de su tamaño, accesibilidad, visibilidad o motivos representados, entre otros factores. Esto demuestra que para la localización de las representaciones existen pautas definidas, que reflejan una relación consciente del arte con su entorno geográfico y arqueológico, y que todos estos aspectos deben ser atendidos en conjunto para una mejor comprensión de su simbolismo. Un simbolismo que es un factor creador de *paisaje*.

Sin duda, el arte rupestre constituye una expresión destacada del pensamiento y simbología de las comunidades que lo realizaron. Al marcar un espacio con distintas representaciones, este se convierte en un elemento socializado por el grupo, parte de sus actividades económicas, sociales o religiosas: el espacio se transforma en un producto cultural, en un *paisaje social*. La comparación entre las pautas de distribución de los tres estilos, y con las ya observadas en los inmediatos valles de l'Alcoià y el Comtat, permite una interesante aproximación al modo en que las comunidades neolíticas percibían y empleaban su entorno.

ARTE EN EL ESPACIO, ARTE EN EL PAISAJE

El interés por el emplazamiento del arte rupestre y su valoración como elección particular de sus autores, que ha llegado hasta nuestros días, no es un elemento novedoso: ya Max Raphaël recalcó el sentido intencional del agrupamiento de determinadas figuras en el arte rupestre paleolítico, así como su relación con el relieve topográfico del soporte. Esta idea será retomada por A. LAMING-EMPERAIRE (1962) y también por A. LEROI-GOURHAN (1965) quienes, concibiendo las cuevas como *santuarios organizados*, analizarán las estructuras significativas de la cueva y la asociación de distintos tipos de motivos a cada una de ellas, buscando las regularidades o *fórmulas iconográficas* que guían esta distribución y que puedan orientar acerca de su sentido. Siguiendo esta línea, y de la mano del estructuralismo, se consolidará la idea de que los símbolos no tienen significado por sí mismos sino que lo adquieren en relación con otros, y por tanto pueden cambiar según su contexto. Así, la atención se centrará no en la identificación de motivos aislados sino en la organización de estos entre sí y su relación con el soporte.

Sin embargo, no será hasta las últimas décadas del siglo XX, con la incorporación del arte rupestre a los estudios de arqueología del paisaje, cuando se muestre de forma evidente que para la localización de las representaciones existen pautas definidas, que reflejan una relación consciente del arte con su entorno geográfico y arqueológico, y que todo ello debe ser atendido en conjunto para una mejor comprensión de su simbolismo. Surge así la voluntad de estudiar el arte rupestre como un factor creador de *paisaje*.

El concepto de *paisaje* se desarrolla como término técnico con la pintura del Renacimiento, en referencia a un punto de vista de la naturaleza particular (el del pintor), basado en la perspectiva y la geometría, y que permite una representación más realista sobre el lienzo. Es decir, una forma pictórica de representar/simbolizar el entorno (COSGROVE y DANIELS, 1988). De acuerdo con esta definición, el paisaje no reflejaría una realidad sino una *percepción* particular de esta, una *imagen cultural de la naturaleza*.

En arqueología, esta dicotomía entre naturaleza y cultura se refleja en la distinción entre *espacio* y *paisaje*: frente a una imagen estática del espacio como mero escenario de las actividades de los grupos que lo habitan o recorren, el paisaje tiene una parte activa en la vida social, económica y cultural de

estos. Por otro lado, el paisaje no es únicamente un concepto cultural, en referencia a la forma en que sus habitantes lo perciben, sino que es también un concepto analítico, referente a la forma en que es estudiado (HIRSCH, 1995). Y así como el *paisaje* es un concepto ideológico, que implica un distanciamiento en la observación, la arqueología del paisaje busca la comprensión de la percepción que del espacio tenían sus habitantes.

Para ello se plantea una visión más global y dinámica del espacio, como medio y producto de la acción social, que no existe al margen de las actividades que en él se desarrollan. Así, el *paisaje arqueológico* sería un espacio modificado en un momento concreto, percibido y creado a través del filtro de un entorno sociocultural concreto. Es, por tanto, una dimensión subjetiva y particular, que no puede entenderse al margen de la simbología de sus usuarios, pues se constituye por distintos aspectos de la experiencia humana: económicos, pero también sociales y rituales, convirtiéndose en un elemento socializado por el grupo, en un producto antropizado y cultural (GOSDEN y HEAD, 1994; TAÇON, 1994).

En este contexto los yacimientos con arte rupestre, como marcas en el paisaje revestidas de significado simbólico, nos permiten una lectura privilegiada sobre la percepción y uso del espacio de sus autores, sea en un sentido religioso (foco de actividades rituales), social (ritos de agregación o paso) o económico (señalización de recursos). Se considera que el arte es un sistema de comunicación en el que los motivos constituyen signos, elementos de información que se inscriben en determinados puntos del terreno, variando su carga informativa en función del lugar elegido, lo cual exige prestar atención a la relación de los motivos entre sí y con el entorno, como un todo en el que también deben incluirse otros vestigios arqueológicos. Por todo ello, sería necesario un estudio comparativo de la variabilidad de los motivos (temas, tamaño, relación con otros motivos) con referencia al emplazamiento (tanto sobre el panel como en relación con la topografía). Además, las conclusiones que se obtuvieran de este análisis deberían ponerse en relación con el contexto geográfico y arqueológico: desde las rutas naturales de tránsito y las áreas favorables para el aprovechamiento de recursos hasta los vestigios arqueológicos (lugares de hábitat, monumentos) (BRADLEY, 1991 y 1997).

La realización de una representación siempre requiere un determinado número de decisiones, que afectan tanto al emplazamiento como a la técnica, el motivo escogido o la forma de representarlo (SMITH,

1998). Si alguno de estos elementos no fuera relevante, se escogería de acuerdo a su disponibilidad o al propio deseo del autor. Sin embargo, cuando existen unas regularidades, unas variables mayoritariamente repetidas, es porque existen unos convencionalismos de orden cultural que condicionan la representación. En definitiva, se trata de atender a la variabilidad en técnica, estilo y emplazamiento, tanto a escala de panel como de abrigo y paisaje, para comprobar si existen unas regularidades o pautas apreciables que, como reflejo de la lógica interna de la manifestación, puedan orientarnos acerca de su sentido.

LA VALL DE GALLINERA EN EL NEOLÍTICO. CONTEXTO CULTURAL Y PALEOAMBIENTAL

La Vall de Gallinera forma parte del extremo nororiental de las cordilleras Béticas, conocido como *dominio Prebético externo*. Se trata de un paisaje caracterizado por una secuencia de pliegues en los que alternan los grandes anticlinales, de naturaleza calcárea y con abundancia de fenómenos kársticos, y las depresiones rellenas de margas miocenas, todos ellos de disposición típicamente bética (Suroeste-Noreste). Estas sierras calcáreas, que serán empleadas como soporte de distintas manifestaciones gráficas en momentos neolíticos, son abruptas y presentan a menudo crestones y espolones, cantiles, pedrizas y profundos abarrancamientos (COSTA, 1985; ROMERO *et alii*, 1997).

La Vall de Gallinera es uno de estos valles de orientación Suroeste-Noreste formados bajo los empujes de la orogenia alpina. Al norte queda definida por la alineación de las sierras de l'Amirall, Gallinera y Mostalla; al sur por el arco formado por la Peña Foradà y las sierras de Miserà y Segària; al oeste se prolonga por la Vall de Planes hasta la cuenca del Serpis, y hacia el este la rambla del río Gallinera se prolonga hasta su desembocadura en el Mediterráneo, enlazando con la prolongación de los pequeños humedales presentes en la cuenca de deyección del río Serpis (en la zona de la Safor) y dejando hacia el sur la Marjal de Oliva-Pego. El valle comprendido entre estos arcos montañosos queda relleno de margas miocenas, con una cubierta cuaternaria en las zonas más deprimidas.

En cuanto al paisaje vegetal en momentos neolíticos, los estudios antracológicos realizados para algunos yacimientos de la zona muestran cómo desde mediados del VI milenio cal. a. C. se produce un pro-

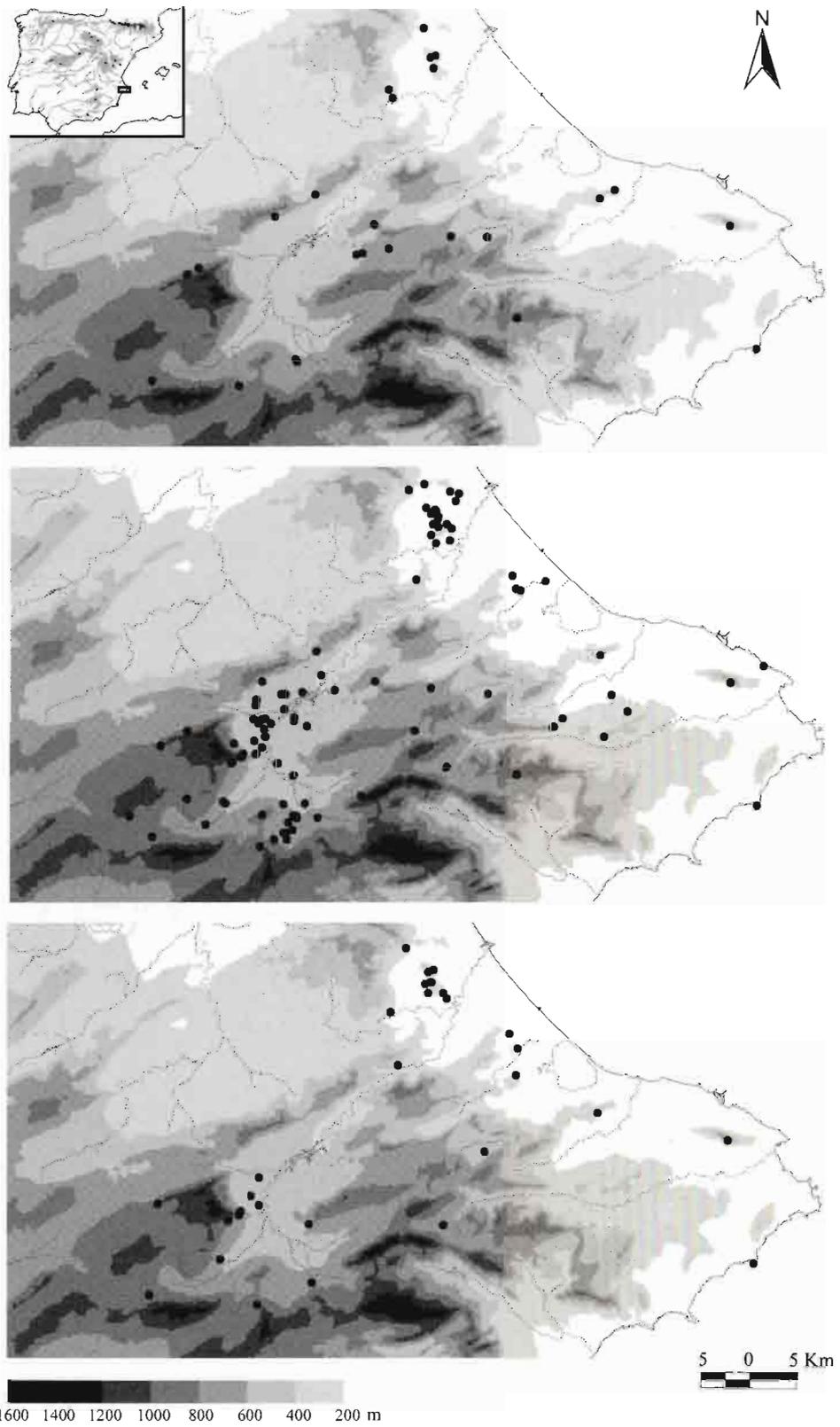


Fig. 1. El poblamiento en el área centromeridional del País Valenciano en el Neolítico I, Neolítico II y Horizonte Campaniforme.

ceso de degradación del paisaje vegetal. Así, frente al paisaje anterior a esta fecha, dominado por un bosque mediterráneo (con distintas especies: *Quercus ilex*, *Quercus faginea* sp. *valentina*, *Quercus coccifera*)¹, a partir de estos momentos la acción antrópica sobre esta formación se dejará sentir con más fuerza, con la tala o quema del bosque en busca de pastos y tierras de cultivo (VERNET *et alii*, 1987; DUPRÉ, 1988). Esta degradación, más evidente en el entorno inmediato de los asentamientos, se evidencia por la apertura de la vegetación y el avance de formaciones secundarias, como el *Pinus halepensis* y un matorral de maquis y garrigas, que son dominantes ya en el Neolítico II². Así, el paisaje alrededor de las zonas de hábitat a partir del III milenio a. C. sería abierto, con pinos dispersos y algunos caducifolios en las zonas (no roturadas) de mayor humedad edáfica, iniciando un proceso denudativo de las laderas montañosas cuya culminación puede apreciarse actualmente, con vertientes de roca descubierta, desprovistas de cualquier tipo de suelo y con una vegetación rala (FUMANAL y CALVO, 1981; FUMANAL, 1986).

En cuanto al poblamiento de la zona, este ha sido tradicionalmente escaso. Para momentos del Neolítico Antiguo, únicamente conocemos cinco yacimientos en las inmediaciones: la Cova de l'Áliga (Benialí), la Cova de Bolumini (Benimeli-Beniarbeig), la Cova Fosca y la Cova d'Esteve en la Vall d'Ebo, y la Cova Fosca de Ondara. En todos los casos, si exceptuamos la Cova de Bolumini, se trata de materiales escasos (cerámicas impresas cardiales y de instrumento, peinadas o incisas; laminas de sílex; algún elemento de adorno, etc.) hallados sin un contexto estratigráfico claro, y que aparentemente reflejan más un uso esporádico de estas cuevas que un hábitat continuado. El panorama es similar para momentos más avanzados del Neolítico II, donde

únicamente se conocen algunas cuevas de enterramiento múltiple como la Cova del Passet (Alcalá de la Jovada), la Cova Bolumini³, o la Cova Fosca de Vall d'Ebo —que también ha proporcionado algunos fragmentos de cerámica campaniforme (LÓPEZ MIRA, 1994)—. Mayor información sobre el poblamiento en momentos neolíticos puede proporcionar una mirada más amplia sobre las zonas inmediatas, como sería la zona de la Marjal Oliva-Pego hacia el este, o la propia cuenca del río Serpis hacia el oeste. Hacia el este, además del importante núcleo de poblamiento del Neolítico I que encontramos en la zona de La Safor, para momentos del Neolítico IIb se conocen tres yacimientos al aire libre en la zona de Oliva: Almúixich d'Elca, les Jovades y Camp de Sant Antoni⁴. El yacimiento del Camp de Sant Antoni mantendrá su ocupación en momentos campaniformes, junto a algunas cuevas de enterramiento: Cova de la Gotera y Cova de la Solana de l'Almúixich. Hacia el este, los yacimientos en la Vall de Planes son escasos, destacando la Cova d'en Pardo por su larga secuencia de ocupación desde el Neolítico Ib hasta el Neolítico IIb, ya como cueva de enterramiento. No encontraremos un foco importante de poblamiento hasta la cuenca del Serpis, donde se conocen abundantes asentamientos al aire libre⁵.

EL ESTUDIO DE LOS ABRIGOS CON ARTE RUPESTRE

La elección de la Vall de Gallinera como marco para este estudio se debe a la presencia, en prácticamente todos los barrancos que se abren en la sierra de Gallinera, de abrigos con representaciones rupestres (fig. 2).

¹ Evidenciado por análisis realizados en yacimientos de la zona, como el Tossal de la Roca (Vall d'Alcalà), donde ya desde el nivel Ib, datado en el 9000-8500 BP, los porcentajes de *Quercus ilex-coccifera* comienzan a ser dominantes frente al pino, la especie más extendida en el Tardiglaciario (CACHO *et alii*, 1995; DUPRÉ, 1988).

² Si bien en algunos yacimientos de llanura se mantiene el aprovechamiento del carrascal hasta el III milenio a. C., lo cual se explica por ser esta la primera ocupación de esas zonas de valle, que aún no están afectadas por la degradación antrópica, mientras que los altos niveles de *Quercus ilex-coccifera* en los análisis antracológicos de esos yacimientos evidenciarían el inicio de la tala sistemática del carrascal para abrir nuevos campos de cultivo y pastos (BERNABEU y BADAL, 1990; BERNABEU *et alii*, 1993; BADAL, 1999).

³ Según sus excavadores, un nivel con restos humanos de al menos cinco individuos que atribuyen a momentos del NIIb (GULLEM *et alii*, 1990), aunque los materiales citados (platos de borde vuelto, dos botones de perforación en V y un colgante sobre placa de marfil) parecen ajustarse mejor a momentos campaniformes.

⁴ La ocupación del llano en estos momentos, tras una fase en la que todo el poblamiento conocido en esta zona se concentra en las zonas montañosas, en cotas superiores a los 100 m, podría deberse a una regresión del nivel del mar que se ha señalado para estos momentos, tras una fase de avance que impidió el asentamiento en las zonas costeras en cotas inferiores (FUMANAL *et alii*, 1993).

⁵ Para una visión más detallada del poblamiento neolítico en la cuenca media y baja del río Serpis, y también sobre la cronología neolítica considerada para los distintos estilos de arte rupestre, ver FAIRÉN (2002).

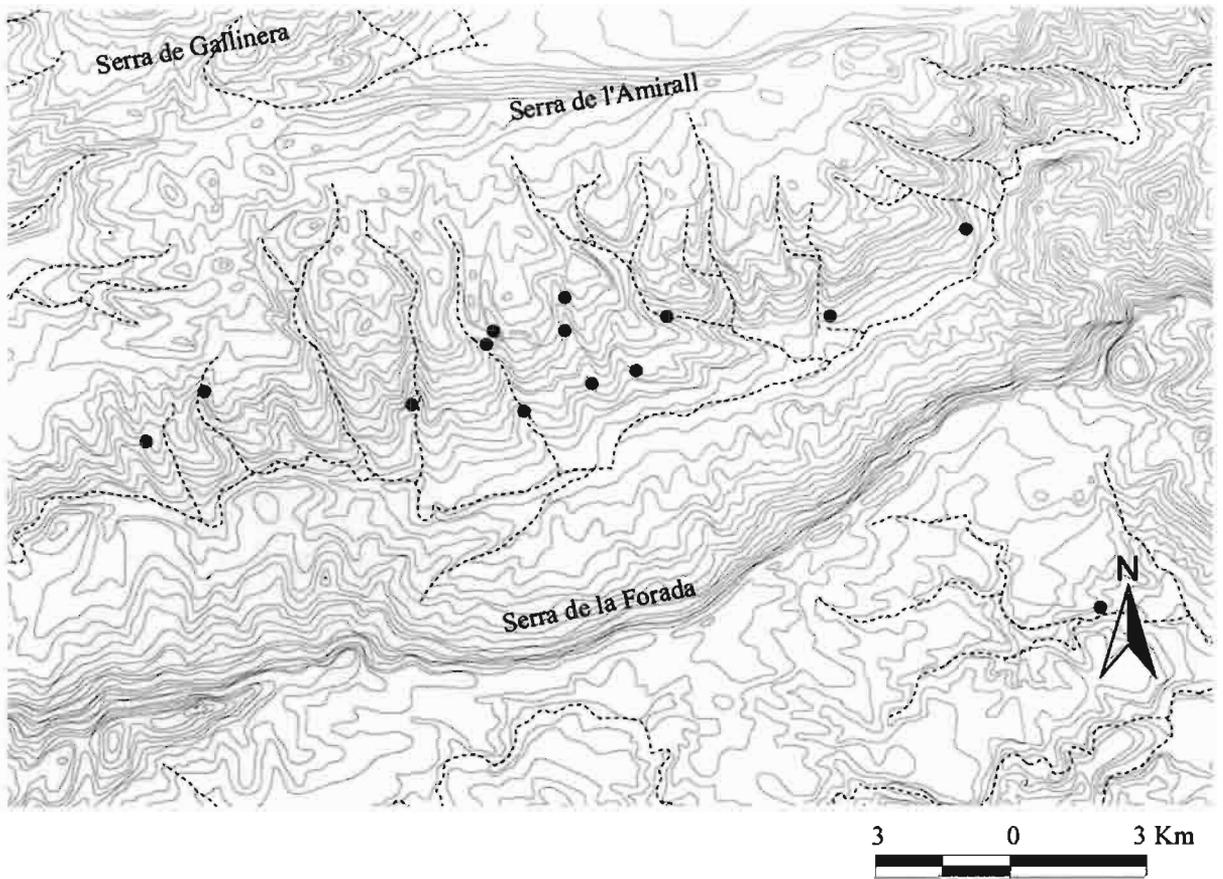


Fig. 2. Yacimientos con arte rupestre en la Vall de Gallinera.

El estudio del arte rupestre, como recientemente ha señalado C. CHIPPINDALE (e. p.), puede realizarse a distintas escalas de observación, afectando cada una a un aspecto diferente de las representaciones (de acuerdo con su magnitud), pero todas ellas interrelacionadas: desde la más pequeña, que atendería a la cuestión de la técnica, hasta la mayor, centrada en el emplazamiento del abrigo en el paisaje, pasando por cuestiones como el estilo y la composición, y el emplazamiento de las figuras en el panel. Un estudio completo debe atender a cada una de estas escalas y las variables que contiene, y también a la relación entre las distintas escalas, para tratar de reconstruir la lógica interna de la manifestación estudiada.

En este estudio, como hipótesis de trabajo, se ha considerado la combinación de algunos de estos factores:

- La complejidad de los paneles: cantidad y variabilidad de los motivos, existencia o no de composiciones y presencia de distintos estilos compartiendo panel.

- La accesibilidad y capacidad de cada abrigo.
- La visibilidad desde y hacia el abrigo.

El primero de estos factores, la complejidad de los paneles, hace referencia al papel que algunos autores atribuyen a la variabilidad estilística de las estrategias de intercambio de información, y al establecimiento y mantenimiento de divisiones sociales (CONKEY y HASTORF, 1990). Así, se defiende que la cultura material, por su naturaleza durable, es la más apropiada para la transmisión de mensajes simples pero recurrentes (por ejemplo, aquellos que afectan a la territorialidad o etnicidad), ya que no requiere que el receptor y el emisor estén simultáneamente en el mismo lugar; facilitan la estandarización de determinados tipos de mensaje, que una vez producidos no necesitan una nueva inversión de energía, y además circunscriben un radio potencial de receptores (WOBST, 1977). La complejidad de estos mensajes estará en función del tamaño y el carácter de la audiencia potencial (su *status* dentro del grupo) (JOHNSON, 1982). Así, se ha señalado cómo en el arte rupestre los

motivos son más variados y complejos en aquellos lugares donde deban ser vistos por una mayor o más variada audiencia (BRADLEY, 1991), lo cual refuerza la necesidad de analizar las composiciones en relación con las características del abrigo. A este punto atienden los otros factores considerados, actuando a una escala mayor: los elementos que condicionan el patrón de distribución de los abrigos en cada valle.

Los estudios realizados en la cuenca del río Serpis y sus valles inmediatos (FAIRÉN, 2002) han permitido distinguir varios tipos de abrigos, en función de los factores ya mencionados: accesibilidad, capacidad, visibilidad hacia y en el entorno, y complejidad de los paneles y motivos representados. Así, podemos diferenciar cuatro tipos de abrigos:

1. Abrigos situados en emplazamientos prominentes, destacados sobre el espacio circundante, con amplia visibilidad sobre el territorio inmediato y también a larga distancia. En estos abrigos, de difícil acceso y capacidad muy limitada, no suele existir más que un panel y con escasos motivos, siempre esquemáticos. Así, el condicionante básico de estos abrigos parece ser la voluntad de control visual del territorio a gran escala, lo cual es una función que se asocia en exclusiva al Arte Esquemático. Es el caso de los abrigos que flanquean la cuenca media del río Serpis, como la *Penya del Benicadell* (Beniarrés), o los de la *Penya Banyà*, *l'Alberri* o *Paella* (Cocentaina). Significativamente debe señalarse la cercanía de los abrigos de Cocentaina al conjunto de cuevas de enterramiento del Neolítico IIb y Horizonte Campaniforme de *l'Alberri*, y la presencia en el *Abric de la Paella* de una única representación, en la que puede verse un antropomorfo en X rodeado de una serie de semicírculos concéntricos: ¿simboliza esto un enterramiento en cueva?
2. Abrigos situados en los valles principales, que actúan como corredores de comunicación. De acceso más fácil, mayor tamaño y mayor complejidad de los motivos realizados, aparentemente están destinados a un público mucho más amplio que en ningún otro caso: su emplazamiento parece primar la posibilidad de reunir a un número amplio de individuos en las zonas de paso destacadas para la articulación del territorio. Es el caso de *La Sarga* (Alcoy), en un emplazamiento privilegiado sobre la *Canal Ibi-Alcoy*, y que constituye el abrigo más meridional de los existentes en la provincia de Alicante.
3. Abrigos situados en los barrancos tributarios de estos valles principales, con una visibilidad parcial pero amplia sobre ellos (entre 90 y 135°), y con un acceso, capacidad y complejidad variables. Los ejemplos son muy abundantes, ya que constituyen el tipo de abrigos más frecuente, aunque podemos encontrar una distinción clara entre los destinados a actividades generales del grupo y aquellos en los que se llevan a cabo actividades más restringidas.
4. Abrigos situados en barrancos en el seno de los macizos montañosos que separan dos de estos valles. Son abrigos encajonados, de acceso complicado y visibilidad muy reducida, limitada al sector del barranco en que se ubican; y generalmente son exclusivos, y los motivos representados pertenecen a un único estilo. Los ejemplos son también abundantes y las características del abrigo varían entre aquellos que presentan un único motivo aislado (*Abric de la Gleda*, Planes; *Barranc dels Pouets*, Famorca), o aquellos más complejos (como el *Abric de Cantacuc*, Planes, donde las superposiciones de motivos esquemáticos reflejan claramente la existencia de varios momentos en la composición del panel).

En la Vall de Gallinera encontramos un predominio absoluto de los abrigos situados en barrancos tributarios, y con un control visual relativamente amplio sobre el corredor, entre 90 y 135°. Únicamente uno de los abrigos, el *Abric I de Benirrama*, se sitúa directamente sobre el valle, en el punto donde este se estrecha antes de abrirse paso a la llanura litoral de Pego. Este resulta ser el abrigo de más fácil acceso de toda la zona y, en cuanto a los motivos representados, vemos que coexisten dos estilos, Esquemático y Levantino, en un mismo panel en el que de forma significativa los motivos esquemáticos parecen imitar en su forma a los levantinos (fig. 3: antropomorfos esquemáticos con lo que aparentemente son arcos junto a los arqueros levantinos). Para el resto de los abrigos, sin embargo, existen diferencias en cuanto a la accesibilidad y la complejidad de los motivos representados: encontramos tanto abrigos con escasas representaciones pertenecientes a un único estilo como abrigos en los que hasta tres estilos comparten panel, donde incluso algunos motivos se superponen a representaciones anteriores.

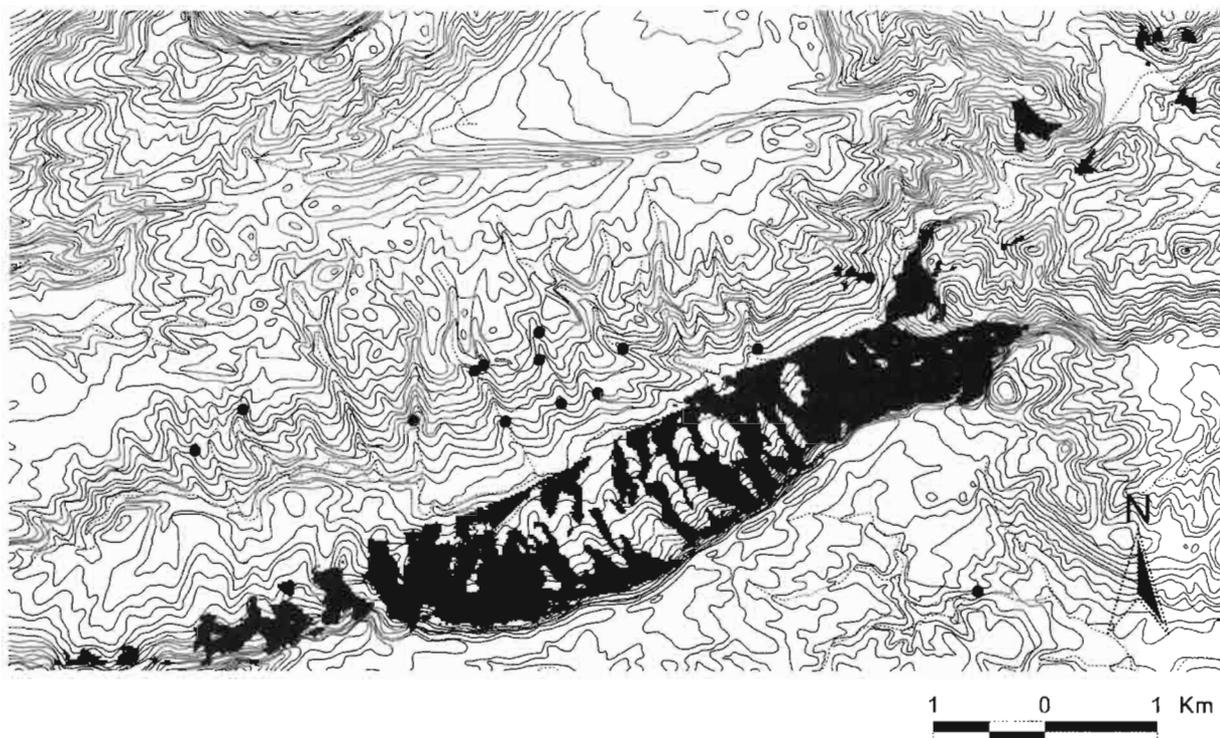


Fig. 3. Abrigo I de Benirrama. Visibilidad y motivos del panel 4.

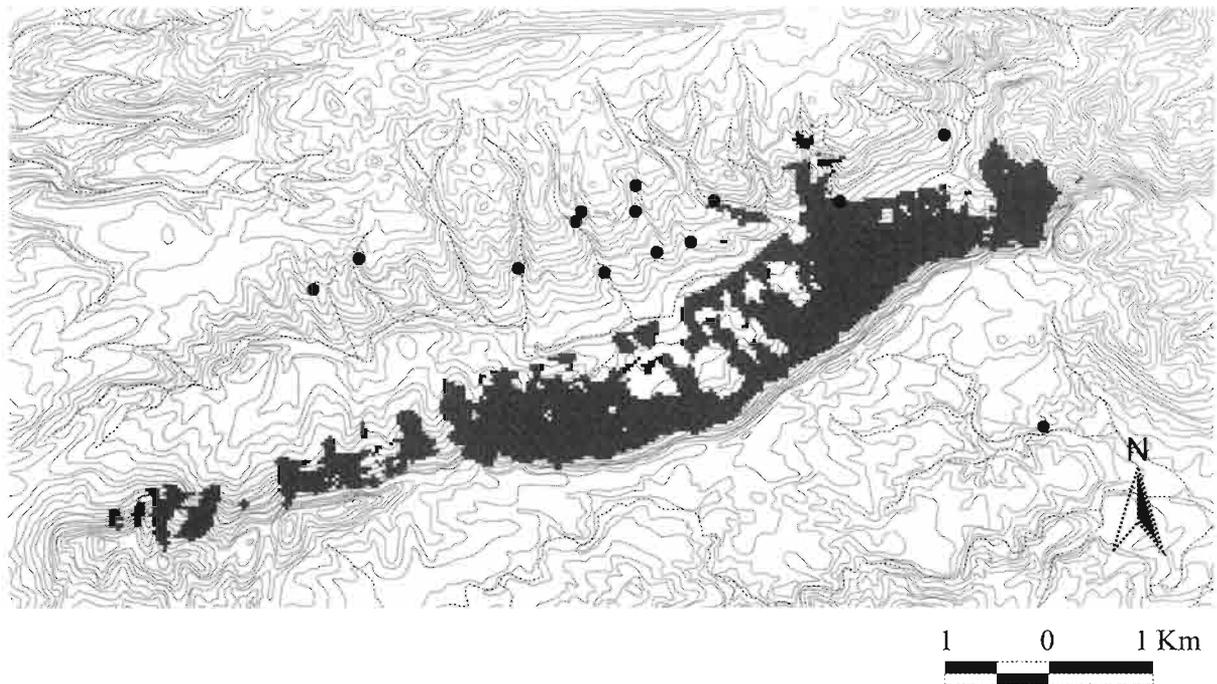


Fig. 4. Abrigo del Barranc de Parets. Visibilidad y motivos.

El primer caso, el de los abrigos exclusivos, es sin duda el más abundante: así, el Abric del Barranc de Parets, con la representación exclusiva de un arquero levantino, es un abrigo de pequeño tamaño situado en un punto de difícil acceso, con una pendiente superior a los 60° ; características que se repiten en el Abric del Barranc de la Cova Negra, con dos abrigos, en cada uno de los cuales se representa úni-

camente una barra esquemática, en el Abric del Racó del Pou, con paneles muy simples en los que solo en un caso encontramos más de un motivo, y así sucesivamente (fig. 4).

Del segundo caso los ejemplos son más escasos, pero significativos: es el caso del Abric IV del Barranc de Benialí, situado dentro de un barranco con varios abrigos, aunque de todos es el de mayor

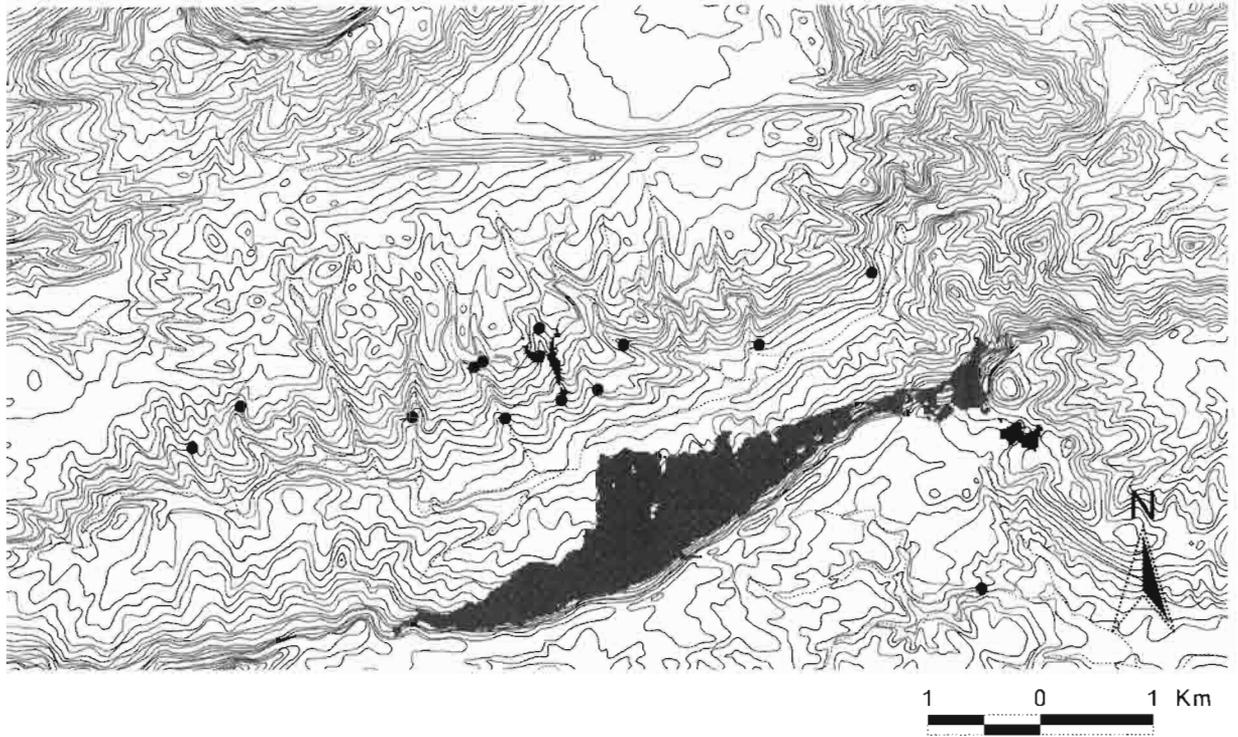


Fig. 5. Abrigo IV de Benialí. Visibilidad y motivos del panel 2.

tamaño y situado a menor altitud sobre su entorno. Aunque por ello su visibilidad sobre el valle es más reducida, los paneles que en él encontramos superan ampliamente en complejidad a los de los abrigos inmediatos. Debe destacarse además que es el único abrigo del valle en el que encontramos representaciones macroesquemáticas, compartiendo panel con motivos esquemáticos y levantinos; encontramos además un elemento destacado, la representación de unos motivos levantinos en un desconchado que corta un serpentiforme macroesquemático, mientras que el único motivo esquemático, un cáprido también afectado por un desconchado, se sitúa entre uno de estos serpentiformes y los restos de otros, sin tocarlos; otro panel es compartido por motivos levantinos y macroesquemáticos, y otro por levantinos y esquemáticos, sin contacto entre ellos (fig. 5). Otro ejemplo sería también el del Abric I del Barranc de la Cova Jeroni donde, aunque solo existen representaciones esquemáticas, encontramos paneles complejos con abundantes motivos, entre ellos algunos relativamente poco frecuentes, como son los soliformes o los cérvidos.

CONCLUSIÓN. LA CONSTRUCCIÓN DE UN PAISAJE NEOLÍTICO

Si atendemos a la pauta que dibujan los yacimientos arqueológicos en toda esta zona, la Vall de Gallinera (al igual que el resto de los valles intramontanos de disposición Suroeste-Noreste que caracterizan al dominio Prebético externo, comunicando litoral e interior) no parece soportar un poblamiento denso: los únicos yacimientos conocidos, además de las cuevas de enterramiento, son cavidades que presentan materiales muy escasos, fruto de un uso esporádico, situados en distintos puntos a lo largo de estos valles. Teniendo en cuenta que los únicos focos de poblamiento destacado en momentos neolíticos son, por un lado, la zona costera —la Safor, la Marjal Oliva-Pego y algunos yacimientos destacados situados en la línea de costa (Cova Ampla del Montgó, Cova de les Cendres)—, y por otro la cuenca alta y media del río Serpis, donde se encuentran los terrenos de mayor capacidad agrícola, habría que pensar que los yacimientos que encontramos a lo largo de los valles que comunican estos dos núcleos presentan un uso limitado, y siempre dentro de una dinámica de tránsito a pequeña escala entre estas dos zonas: como refugios a lo largo de los valles que actúan como corredores de comunicación. Aunque en ocasiones se

ha señalado su posible uso como cuevas redil —es el caso de Santa Maira, en Castell de Castells (AURA *et alii*, 2000)—, este tránsito no debe relacionarse exclusivamente con el movimiento de ganado, sino fundamentalmente con el de personas. En este sentido, debe señalarse que no en todos estos yacimientos se han hallado los niveles de corral distintivos de su utilización como cuevas redil, y que además la escasez de materiales en todos ellos indica que su uso nunca fue continuado. Por ello, aunque la presencia de materiales de distintas fases dentro del Neolítico indique una frecuentación en distintos momentos, su empleo no sería estable sino esporádico.

Es en este contexto de lugares de paso en el que habría que leer el significado de los abrigos con arte rupestre de la Vall de Gallinera. Encontramos dos únicos abrigos que pueden haber actuado como lugares de agregación (social o religiosa), por su acceso más fácil, su mayor capacidad y el mayor número y complejidad de los motivos que presentan. Esta idea se refuerza por la presencia de distintos estilos en un mismo panel. El resto de los abrigos no presentan paneles compartidos (son abrigos exclusivos), las composiciones son más simples o inexistentes, su acceso es más difícil, su tamaño más pequeño, pero su visibilidad es algo más amplia y parecen haber sido creados en un único momento, y quizás no vuelvan a ser visitados. Tal vez habría que pensar que en estos casos la representación de los motivos se hace en un marco más individual, o destinado a un público más concreto que el que puede acceder a otros abrigos, creados para un grupo más amplio de gente.

En definitiva, consideramos que el estudio de las representaciones en su contexto espacial supone una línea de investigación muy sugestiva, que permite abrir nuevas posibilidades interpretativas en el estudio del arte rupestre. La confirmación de este modelo, o su refutación, depende del cotejo con los datos disponibles para otros de los valles situados en esta comarca.

BIBLIOGRAFÍA

- AURA, J. E., *et alii* (2000). Les Coves de Santa Maira (Castell de Castells, la Marina Alta, Alacant): primeros datos arqueológicos y cronológicos. *Recerques del Museu d'Alcoi* 9, pp. 75-84.
- BADAL GARCÍA, E. (1999). El potencial pecuario de la vegetación mediterránea: las cuevas redil. *II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica (València, 1999)*. *Saguntum extra* 2, pp. 291-298. València.

- BERNABEU AUBAN, J., y BADAL GARCÍA, E. (1990). Imagen de la vegetación y utilización económica del bosque en los asentamientos neolíticos de Jovades y Niuet (Alicante). *Archivo de Prehistoria Levantina* xx, pp. 143-166.
- BERNABEU, J., *et alii* (1993). El III milenio a. C. en el País Valenciano. Los poblados de Jovades (Cocentaina) y Arenal de la Costa (Ontinyent). *Saguntum* 26, pp. 9-179.
- BRADLEY, R. (1991). Rock art and the perception of landscape. *Cambridge Archaeological Journal* 1(1), pp. 77-101.
- BRADLEY, R. (1997). *Rock art and the Prehistory of Atlantic Europe: signing the land*. Routledge. Londres.
- CACHO, C., *et alii* (1995). El Tossal de la Roca (Vall d'Alcalá, Alicante). Reconstrucción paleoambiental y cultural de la transición del Tardiglacial al Holoceno Inicial. *Recerques del Museu d'Alcoi* 4, pp. 11-101.
- CHIPPINDALE, C. (e. p.). From millimetre up to kilometre: a framework of space and of scale for reporting and studying rock-art in its landscape. *Pictures in Place*. Cambridge University Press.
- CONKEY, M. W., y HASTORF, C. A. (eds.) (1990). *The uses of style in archaeology*. Cambridge University Press.
- COSGROVE, D., y DANIELS, S. (eds.) (1988). *The iconography of landscape*. Cambridge University Press.
- COSTA MAS, J. (1985). El marquesado de Denia. En GIL OLCINA, A. (coord.). *Historia de la provincia de Alicante, vol. II (Geografía)*. Mediterráneo. Murcia.
- DUPRÉ OLLIVIER, M. (1988). *Palinología y paleoambiente. Nuevos datos españoles. Referencias*. Trabajos varios del SIP, 84. Diputación Provincial de Valencia.
- FAIRÉN JIMÉNEZ, S. (2002). *El paisaje de las primeras comunidades productoras en la cuenca del río Serpis (País Valenciano)*. Fundación José M.^a Soler. Villena.
- FUMANAL GARCÍA, M.^a P. (1986). *Sedimentología y clima en el País Valenciano. Las cuevas habitadas en el Cuaternario reciente*. Trabajos varios del SIP, 83. Diputación Provincial de Valencia.
- FUMANAL GARCÍA, M.^a P., y CALVO CAPES, A. (1981). Estudio de la tasa de retroceso de una vertiente mediterránea en los últimos 5000 años (Serra del Benicadell. Sur del País Valenciano). *Cuadernos de Geografía* 29, pp. 133-150.
- FUMANAL GARCÍA, M.^a P., *et alii* (1993). Litoral y poblamiento en el litoral valenciano durante el Cuaternario reciente: Cap de Cullera-Puntal de Moraira. *Estudios sobre el Cuaternario*, pp. 249-259. Valencia.
- GOSDEN, C., y HEAD, L. (1994). Landscape, a usefully ambiguous concept. *Archaeology in Oceania* 29, pp. 113-116.
- GUILLEM, P., *et alii* (1990). L'ocupació prehistòrica de la cova de Bolumini (Beniarbeig-Benimeli-Marina Alta). *III Congrés d'Estudis de la Marina Alta*, pp. 31-48.
- HIRSCH, E. (1995). Landscape: between place and space. En HIRSCH, E., y O'HANLON, M. (eds.), *The anthropology of landscape. Perspectives on place and space*, pp. 1-30. Clarendon Press. Oxford.
- JOHNSON, G. A. (1982). Organizational structure and scalar stress. En RENFREW, C.; ROWLANDS, M. J., y SEGRAVES, B. A. (eds.). *Theory and explanation in archaeology*, pp. 389-421. Academic Press. Londres.
- LAMING-EMPÉRAIRE, A. (1962). *La signification de l'art rupestre paléolithique*. A. & J. Picard. París.
- LEROI-GOURHAN, A. (1965). *Préhistoire de l'art occidental*. Éditions d'Art Lucien Mazenod. París.
- LÓPEZ MIRA, J. A. (1994). Refuerzo en el cierre de la Cova Fosca (Vall d'Ebo, Alicante). *Recerques del Museu d'Alcoi* 3, pp. 137-141.
- ROMERO GONZÁLEZ, J.; ANDRÉS SARASA, J. L., y SALVÁ TOMÁS, P. A. (1997). *Geografía de España, vol. 13 (Comunidad Valenciana, Murcia, Baleares)*. Océano / Instituto Gallach. Barcelona.
- SMITH, B. (1998). The tale of the chameleon and the playtipus: limited and likely choices in making pictures. En CHIPPINDALE, C., y TAÇON, P. (Eds.). *The archaeology of rock-art*, pp. 212-228. Cambridge University Press.
- TAÇON, P. (1994). Socialising landscapes: the long-term implications of signs, symbols and marks on the land. *Archaeology in Oceania* 29(3), pp. 117-129.
- VERNET, J. L.; BADAL, E. y GRAU, E. (1987). L'environnement végétal de l'homme au Néolithique dans le sud-est de l'Espagne (Valence, Alicante): première synthèse d'après l'analyse anthracologique. En GUILAINE, J., *et alii* (coords.). *Premières Communautés Paysannes en Méditerranée Occidentale (Montpellier, 1983)*, pp. 131-136. París.
- WOBST, H. M. (1977). Stylistic behaviour and information exchange, en CLELAND, C. (ed.). *For the director: research essays in honor of James B. Griffin*, pp. 317-342. Museum of Anthropology. University of Michigan.